

A un periodista

La política -una de mis pasiones- tenía uno de sus mejores campos en aquel Parlamento. En el fragor de las batallas y en la certeza de que los campos estaban deslindados, encontraba yo mi deleite. Ahí se sabía quién era quién y dónde estaba cada uno. Los del gobierno y los de la oposición.

En esos años, la divisa de la camiseta y la divisa de la conciencia eran lo mismo. No como hoy.

Eran los años cincuenta. La Asamblea Legislativa vivía uno de sus últimos períodos de decoro. Afortunadamente lo pude conocer para poder marcar el contraste con los tiempos actuales.

Hasta su recinto llegaba yo todas las tardes, como un soldado más a tomar su puesto en una de las dos trincheras forjadas por la política.

La constancia de mi asistencia a las barras permitió que, poco a poco, naciera la amistad con él, como nació con muchos de los parlamentarios de ese tiempo.

Algún día crucé la pequeña puerta que separaba la barra del público de la barra de prensa. Desde entonces, la amistad se consolidó.

Abusando de la confianza, yo aprovechaba los ratos en que se iba a tomar café, a hacer tertulia o a participar en los conciliábulos políticos, para tomar nota de la marcha de los debates en apuntes que luego serían elaborados para la crónica parlamentaria. Pude hacerlo a su satisfacción.

Un día me dijo que yo tenía vocación periodística. Ciero o no, su consejo y su mano se encargaron de moldearla. Así, viéndole, escuchándole, copiándole, atendiéndole, pude iniciarme en el oficio en que me encuentro. Un oficio en el que este, mi maestro, ha sido uno de sus bastiones.

Leyéndolo el 1º de enero de 1976 en un pequeño artículo que publicó en La Nación, he sentido la necesidad de rendirle homenaje a su verticalidad como ciudadano y como periodista.



Alvaro Madrigal

Próximo a los 76 años de edad, este robie es un ejemplo para todos. Para los de su generación y para los que no somos de su generación. Fundamentalmente para los periodistas, a quienes nos está diciendo que la guardia no se baja más que con la muerte.

En esa edad, cuando el peso de los años agobia el espíritu y los ímpetus, él sigue en la pelea. En la lucha por la conservación de las instituciones democráticas de esta República en la que no nació pero a la que ha abrazado con más cariño que muchos de los que rompieron la cáscara en su regazo. En la batalla por el fortalecimiento de las caras libertades que hemos heredado. Su voz es el grito de desesperación proveniente de quien, con experiencia, divisa el precipicio hacia el cual nos arrastra esta ola de corrupción.

Cuando miles prefieren callar y disimular, por complacencia o por conveniencia, por cálculo o por irresponsabilidad cívica, su pluma sigue en la vanguardia. Evidentemente dispuesta a participar en la batalla a que, por desgracia, se está convocando a los costarricenses bragados. Como bragado siempre ha sido MANUEL FORMOSO PEÑA.